

Paolo Mascilongo

EL DISCIPULADO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Reflexiones bíblicas
y espirituales

didaskalos

76



PAOLO MASCILONGO

EL DISCIPULADO
EN EL
NUEVO TESTAMENTO
Reflexiones bíblicas y espirituales



Imagen de cubierta: Discípulos con Jesús. De Predis Codex, 1476. Biblioteca Real. Turín.
Italia

Primera edición: septiembre 2022

© Paolo Mascilongo

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-14683-2022

ISBN: 978-84-17185-90-9

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesqui 16, Madrid 28023

www.editorialdidaskalos.org

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Sumario

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN	9
Un tema complejo y variado	10
Prioridad a la Escritura	11
La organización del volumen	12
El término “discípulo” y sus raíces	14
Discípulos, Doce, Apóstoles	17
De los discípulos de Jesús a los cristianos de la Iglesia: ¿continuidad o diferencia?	22
PRIMERA PARTE	
<i>EL DISCIPULADO EN LOS RELATOS</i>	
<i>DEL NUEVO TESTAMENTO (EVANGELIOS Y HECHOS)</i>	
I. EL EVANGELIO SEGÚN MARCOS	31
Marcos: un relato	32
El camino de los discípulos y de Jesús en Marcos	33
<i>De la llamada al encargo: el inicio del compartir (1,16-3,12)</i>	33
<i>El encargo a los Doce (3,13-19)</i>	36
<i>Hacia una difícil comprensión (4,1-6,6)</i>	37
<i>Misión de los Doce e incomprensión siempre mayor (6,7-8,26)</i>	40
<i>La confesión de Cesarea (8,27-30)</i>	45
<i>El camino hacia la cruz (8,31-10,52)</i>	46
<i>Los días de Jerusalén: el fracaso (11,1-15,47)</i>	49
<i>Los días de Jerusalén: la reanudación (16,1-8)</i>	52
Los discípulos como figura narrativa	55
II. EL EVANGELIO SEGÚN MATEO	57
Los discípulos en el Evangelio de Mateo	57
<i>Los discípulos en la trama del primer Evangelio</i>	58
<i>Los largos discursos</i>	60
<i>Discípulos y comprensión del misterio de Jesús</i>	61
<i>Pedro y la Iglesia</i>	64
<i>José</i>	68

	<i>Págs.</i>
El discípulo en la enseñanza de Jesús en el Mateo	70
<i>La comunión</i>	71
<i>El discipulado en sentido estricto</i>	73
<i>El “descanso”</i>	75
III. EL RELATO DE LUCAS (LUCAS-HECHOS)	77
El Evangelio según Lucas	78
<i>Los discípulos de Jesús en la trama del Evangelio: la peculiaridad de Lucas</i>	78
<i>Un episodio emblemático: el envío de los setenta y dos (Lc 10,1-20)</i>	84
<i>María</i>	87
Los Hechos de los Apóstoles	90
<i>Una historia que continúa</i>	90
<i>El relato como teología del discipulado</i>	92
<i>Un mundo de paralelismos</i>	96
<i>Lucas-Hechos: consideraciones conclusivas</i>	99
IV. EL EVANGELIO SEGÚN JUAN	101
Los discípulos en el relato joánico	102
<i>Discípulos, lector, fe: la narrativa joánica</i>	102
<i>Un comienzo significativo</i>	103
<i>El desarrollo de la trama joánica</i>	106
Figura del discipulado en Juan	108
<i>El “discípulo amado”</i>	108
<i>Tomás</i>	110
<i>Los demás personajes joánicos</i>	111
Los temas propios de discipulado joánico	112
<i>Discípulos, Escritura, memoria</i>	112
<i>Discípulos, amor recíproco, vida en el Espíritu: los discursos de despedida</i>	113
V. CONCLUSIÓN	119

SEGUNDA PARTE
 EL DISCIPULADO EN LOS TEXTOS NO NARRATIVOS
 DEL NUEVO TESTAMENTO

I.	LAS CARTAS DE PABLO	125
	Carta a los romanos	126
	<i>Pablo, el discípulo</i>	126
	<i>Los diversos nombres del discípulo</i>	128
	<i>Un exigente “ponerse a disposición”</i>	129
	Carta a los Corintios	132
	<i>Imitar a Pablo, imitar a Cristo</i>	132
	<i>Discipulado y caridad</i>	135
	Carta a los Gálatas	137
	<i>Vivir “en Cristo”</i>	137
	<i>La libertad</i>	139
	Carta a los Efesios	140
	Carta a los Filipenses	142
	<i>Los mismos sentimientos que Cristo.</i>	143
	<i>La alegría cristiana</i>	144
	Carta a los Colosenses	145
	Carta a los Tesalonicenses	149
	Cartas Pastorales	151
	Carta a los Hebreos	154
II.	LAS CARTAS CATÓLICAS Y EL APOCALIPSIS	157
	Carta de Santiago	157
	Cartas de Pedro	160
	Primera Carta de Juan	162
	Apocalipsis	166
	<i>Las siete Cartas: Ap 1,4-3,22</i>	167
	<i>La Jerusalén celeste: Ap 21,1-22,21</i>	168
III.	CONCLUSIÓN	171

TERCERA PARTE
*LÍNEAS ESENCIALES DEL DISCIPULADO CRISTIANO
 A LA LUZ DEL NUEVO TESTAMENTO*

I.	EL DISCIPULADO CRISTIANO ES DISCIPULADO “DE JESÚS” . . .	177
	La iniciativa de Jesús en la llamada y el compromiso del hombre en la respuesta	177
	Seguir a Jesús	180
	Servicio y amistad	181
	Un destino compartido	182
	Una característica permanente del cristiano	184
II.	LAS CONDICIONES DEL DISCIPULADO	187
	La conversión	188
	La fe	189
	Una llamada urgente y radical	191
	La libertad de las riquezas.	193
III.	LA VIDA NUEVA DEL DISCÍPULO	195
	Una propuesta para todos	196
	Un caso particular: las mujeres discípulas.	197
	Siervos del Reino	200
	Fraternidad y comunión	201
	El amor	203
	El Espíritu Santo.	205
IV.	LA MISIÓN DEL DISCÍPULO	207
	La misión de los Doce	207
	Una profundización: el papel de Pedro.	209
	Los destinatarios de la misión de los discípulos	214
	Una misión que permanece	216
	CONCLUSIÓN	219

Introducción

¿Qué significa o qué implica ser discípulo de Jesucristo según el Nuevo Testamento? ¿Cómo son descritos el nacimiento y el desarrollo del discipulado cristiano? ¿Qué indicaciones se pueden extraer para la vida cristiana? El presente libro es el intento de responder a semejantes preguntas, inevitables para todo cristiano de todo tiempo. ¿Y qué mejor que volver a descubrir la respuesta en la experiencia originaria descrita por los autores neotestamentarios? La tarea, a primera vista, parece relativamente simple: no hace falta mucho esfuerzo para identificar decenas de páginas que, desde el Evangelio de Mateo hasta el Apocalipsis, exponen el tema del ser discípulos de Jesús. En realidad, se puede definir todo el Nuevo Testamento como el resultado de la acción y de las obras de los discípulos. Ni siquiera parecería necesario insistir en la necesidad de describir el discipulado “a la luz del Nuevo Testamento”: ¿a la luz de qué, si no es de estos libros, se podría hablar del discipulado cristiano?

Un tema complejo y variado

Sin embargo, el tema pronto se muestra más complejo y vasto. Por una parte, el Nuevo Testamento es un conjunto de textos muy diferentes entre ellos: una cosa es analizar un Evangelio, que es un texto narrativo, otra cosa es afrontar una Carta, llena de reflexiones teológicas y exhortaciones que no siempre siguen un plan riguroso. Queriendo afrontar el Nuevo Testamento entero, necesariamente he tenido que plantearme el problema de los métodos de lectura a utilizar. Por otra parte, el modo de hablar del discipulado varía notablemente de un libro a otro. Algunos libros del Nuevo Testamento, de hecho, no hablan del discipulado ni emplean la palabra *discípulos*. Ha sido, por tanto, necesario averiguar cómo era descrito el tema en cada caso, texto tras texto, en un camino fatigoso pero fascinante. También he tenido que elegir necesariamente, entre tantos textos posibles, aquellos más aptos y delimitar con precisión el argumento: del discipulado en el Nuevo Testamento se habla de tantas maneras, como he dicho, que ha sido necesario poner la máxima atención en individuar las páginas que deben entrar en el estudio. Frecuentemente me he visto obligado a renunciar (en particular en el epistolario paulino) a páginas interesantes y profundas, para dar espacio a la presentación del mayor número posible de libros. El cuadro resultante es diverso: el Nuevo Testamento ofrece perspectivas diversas, que se iluminan y completan mutuamente. El presente libro quiere favorecer la comparación con la riqueza de la reflexión de los autores neotestamentarios sobre el tema del discipulado.

Prioridad a la Escritura

En este camino ha habido siempre un elemento claro: el deseo de escuchar el Nuevo Testamento en su variedad, complejidad y riqueza, sin anteponer ningún esquema o idea a la lectura directa de los textos. Más adelante habrá ocasión de evidenciar las consecuencias de esta opción, que por su importancia quisiera que esté presente desde el inicio: la mayor parte del presente libro está dedicado a “explorar” las páginas del Nuevo Testamento una detrás de otra, dejándose guiar por cuanto se proponga y afirme sobre el discipulado. Basta recorrer el índice del volumen para darse cuenta de cuánto ha influido esta decisión en la presentación del trabajo, tanto en cantidad como en calidad. Esta deriva de una convicción personal respaldada por los estudios realizados y por la experiencia docente y pastoral: cuanto más el estudio de la Escritura es fiel al texto y se pone a su servicio, mayores son la eficacia y la profundidad. Y cuanto más está el anuncio cristiano anclado a la experiencia originaria descrita en la Escritura, más capaz es, incluso hoy, de sorprender e impresionar a cualquiera que se acerque sin prejuicios. Por este motivo, el intento de este libro es presentar juntos el rigor de la exégesis con la facilidad de lectura y la cercanía más estrecha posible a los textos. Serán los lectores quienes juzguen el éxito; en lo que a mí respecta, he sacrificado voluntariamente, donde era necesario, la anchura del análisis y de las argumentaciones para intentar facilitar, a quien lee, el acercamiento a un amplio abanico de páginas de los Evangelios y de las Cartas.

De esta manera, el libro puede llegar a ser una guía de lectura del Nuevo Testamento; debería ser leído teniendo siempre a disposición la propia y personal compañía de la Biblia, para

poder seguir de vez en cuando tantos pasajes citados. He tratado siempre de no sustituir la página bíblica: estoy convencido de que recorriendo los libros del Nuevo Testamento cada lector podrá individuar las líneas guía trazadas sobre el tema del discipulado y redescubrir en persona la frescura y la actualidad de la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el seguimiento de Jesús, el Señor y Maestro. Mi tarea ha consistido en detectar un camino en el interior de los libros evidenciando los pasajes principales del camino.

La organización del volumen

He pensado en subdividir el libro en tres partes; las dos primeras son una amplia presentación de los textos del Nuevo Testamento más pertinentes con respecto al discipulado; la tercera, más breve, es una síntesis ordenada de los resultados principales que han emergido.

La mayor parte del libro, por tanto, está dedicada directamente a la lectura del Nuevo Testamento: sobre todo sus *relatos* (primera parte); en segundo lugar, los textos no narrativos (segunda parte). La opción de dar mayor espacio al análisis de los textos, como digo, ha sido consciente y —espero— bien fundada. Si en una línea teórica es claro que solo a partir de los textos puede arrancar cualquier reflexión que se llame “sistemática”, sin embargo, no creo que sea posible dar por descontada una frecuencia suficiente con las páginas de la Escritura, incluso para los católicos, para quienes ésta representa el canon (el principal criterio de juicio) de la experiencia de la fe. Además, estoy convencido de que ningún conocimiento de segunda mano puede

sustituir el acercamiento directo a la página bíblica, en la que saboreamos la frescura de los primeros testimonios y encontramos la fuente del pensamiento teológico. En las dos primeras partes del libro, pues, he buscado favorecer lo más posible el acercamiento al texto, con el deseo de proporcionar, al lector, la “materia prima”, por decirlo así, con la que construir una comprensión personal del discipulado, antes de presentar un esbozo completo en la tercera parte.

La subdivisión del análisis de los textos en dos partes está justificada por cuestiones de método: es diferente la aproximación a los textos narrativos (en los que predomina el carácter de *relato*: los Evangelios y Hechos) respecto a los textos no narrativos (las Cartas; para el Apocalipsis —aunque inserto en la segunda parte— haremos un discurso aparte). Incluso aunque se trate de una distinción simplemente aproximativa (los Evangelios contienen secciones no narrativas y las Cartas contienen secciones narrativas), me he permitido privilegiar, para los textos de la primera parte, la utilización de métodos de crítica literaria, siguiendo las líneas más recientes de la exégesis; en particular el capítulo dedicado a Marcos no es otra cosa que una larga lectura narrativa, acompañada de brevísimas reflexiones conclusivas. En la segunda parte, en cambio, la elección del método ha sido menos decisiva. Sí he tratado sobre todo de seleccionar, entre la enorme cantidad de material a disposición, pequeñas piezas o secciones de las Cartas que parecían más adecuadas para el tema. También en este último caso, reduciendo notablemente la cantidad de material analizado, he intentado hacer hablar a los textos lo más posible.

El término “discípulo” y sus raíces

Volviendo al tema, ya se ha mencionado la complejidad de la idea de discipulado, incluso limitando el estudio al Nuevo Testamento. Por este motivo, considero necesario dejar claro de antemano algunas precisiones, vinculadas en particular al lenguaje que encontraremos, y algunas reflexiones de tipo histórico.

La expresión “discípulos de Jesús” suena familiar al lector cristiano, que cree poder identificar fácilmente en los Evangelios a las personas llamadas así. Sin embargo, el Nuevo Testamento utiliza muchos otros vocablos (*Doce, apóstoles, hermanos, cristianos*, etc.) para referirse a los seguidores de Jesús. ¿Por qué? ¿Cuáles son las diferencias? Para responder a esta pregunta creo que conviene iniciar una cierta panorámica (sobre todo de tipo lingüístico) para orientarse sobre la cuestión¹. Sobre todo, echaremos una mirada sobre las expresiones empleadas, a partir de la más general, el término “discípulo”.

Discípulo traduce al castellano un vocablo griego específico, utilizado ampliamente en el Nuevo Testamento, aunque sólo en los Evangelios y Hechos². Se trata del término *mathētēs*

¹ Hay excelentes tratados sobre esto. En particular, me refiero a J. D. G. DUNN, *Jesús recordado: El cristianismo en sus comienzos*, Vol. I (Estella 2009), especialmente el Capítulo 3: *La misión de Jesús* (p. 397ss.); J. P. MEIER, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico*, Vol. III, *Compañeros y competidores* (Estella 2013). Para una buena síntesis: S. GRASSO, “Le varie forme di discepolato accanto a Gesù e nelle comunità delle origini”, *Parola Spirito e Vita* 61 (2010) 93-114 y R. PENNA, *Le prime comunità cristiane. Persone, templi, loughi, credenze* (Roma 2011) 38-39.

² El vocablo (griego) aparece con esta frecuencia: Mateo 73 veces; Marcos 46; Lucas 37; Juan 78; Hechos 28. En el resto de lugares está ausente,

(normalmente se encuentra el plural: *mathētái*). Literalmente significa “aquel que aprende”, “alumno”, derivado del verbo griego *manthánō* (“aprender”). Su amplio empleo no deja lugar a dudas sobre el hecho de que se trata del término privilegiado para referirse a los seguidores de Jesús. Sin embargo, se trata de un vocablo “nuevo” en el panorama bíblico fuera del Nuevo Testamento. *Mathētés*, de hecho, nunca aparece en la traducción griega del Antiguo Testamento (la llamada *Biblia de los Setenta*) e incluso los vocablos equivalentes en hebreo (*talmîd* y *limmûd*, derivados del verbo hebreo *lāmad*, “aprender”) aparecen raramente: el primero sólo se emplea una vez en todo el Antiguo Testamento (1Cr 25,8), el segundo sólo seis veces, siempre en los profetas, y con un sentido más amplio³. Para comprender el significado del término específico *discípulo*, pues, el trasfondo bíblico no es de gran ayuda.

Los autores del Nuevo Testamento, sin embargo, no han “inventado” esta palabra, porque el término *mathētés* era ampliamente utilizado en el mundo griego clásico y helenístico. Es una palabra empleada por Platón, Aristóteles y muchos otros autores griegos, ya sea en el sentido original vinculado al verbo “aprender”, ya sea en un sentido más técnico para referirse a los “seguidores” de una doctrina o un maestro. Este último matiz del significado se fue acentuando en el mundo helenístico hasta el tiempo del Nuevo Testamento, favoreciendo su empleo por parte de los

cf. MEIER, *Un judío*, III, 64. En la mayoría de los casos se refiere a los discípulos de Jesús.

³ Además del clásico artículo de K. H. RENGSTORF, “mathētés”, *Theological Dictionary of the New Testament*, IV, 390ss., se encuentra una amplia discusión actualizada en M. J. WILKINS, *Discipleship in the Ancient World and Matthew's Gospel* (Grand Rapids 1995).

evangelistas, para quienes la expresión no tiene tanto el significado genérico de “alumno”, sino el más específico de “seguidor”.

Por otra parte, el uso de la palabra “discípulos” no se agota en la identificación del fenómeno del discipulado. En el Nuevo Testamento, de hecho, el discipulado está frecuentemente unido con las expresiones “seguir” y “andar detrás”. Los primeros seguidores de Jesús según los sinópticos (Simón, Andrés, Santiago y Juan) son descritos precisamente como aquellos que siguen (literalmente: “van detrás de”⁴) a Jesús (Mc 1, 16-20 par.), y solo después son denominados *discípulos* (en Marcos a partir de Mc 2, 15). Es necesario, pues, ensanchar el análisis de estas expresiones; reconoceremos así que el fenómeno del seguimiento no estaba del todo ausente en el Antiguo Testamento. Como afirman normalmente los estudiosos, en realidad, existe un estrecho vínculo entre la llamada de los primeros discípulos y cuanto se narra en algunos libros bíblicos. El paralelo más estrecho, aunque lingüístico, se encuentra en la historia de Eliseo y Elías (cf. 1R 19, 19-21), donde se dice que Eliseo “andaba detrás” del profeta Elías, a cuyo servicio entró y llegó a ser su sucesor⁵. De alguna manera el fenómeno del discipulado radica también en el mundo veterotestamentario, donde no es infrecuente mostrar personajes proféticos rodeados y seguidos por verdaderos y propios seguidores, asimilables por analogía a los seguidores de Jesús⁶.

⁴ En griego se utiliza la expresión *opísō* (detrás de) y el verbo *akolythēō* (seguir): son vocablos menos específicos que pueden ser empleados también para indicar el seguir de quien *no* es discípulo (cf. MEIER, *Un judío*, III, 43-55).

⁵ Ver, por ejemplo M. HENGEL, *Seguimiento y Carisma. La radicalidad de la llamada de Jesús* (Santander 1981) 37-40.

⁶ A menudo se propone la comparación —en lo que se refiere al Nuevo Testamento— con el discipulado hebreo rabinico. Según los estudiosos,

En síntesis, la expresión *mathētái* es tomada no tanto del mundo bíblico o rabínico, sino de helenístico, donde se puede reconocer una forma de discipulado análoga a la descrita en los Evangelios, aunque el fenómeno del discipulado en el Nuevo Testamento tampoco dista mucho del Antiguo Testamento, en particular por el empleo de la expresión “caminar detrás” y el modelo profético.

Discípulos, Doce, Apóstoles

Aclarado, al menos en parte, el origen del término *discípulos*, es posible indagar en su relación con los otros vocablos empleados por el Nuevo Testamento para referirse a los seguidores de Jesús, en particular los *Doce* y los *apóstoles*. También en este caso, dada la complejidad de la situación, es posible ofrecer solo algunas indicaciones útiles para una primera orientación, dejando a los estudiosos la necesaria profundización. No es raro que discípulos, Doce y apóstoles sean considerados sinónimos, aunque esto corresponde a una primera y superficial mirada: la situación es, sin embargo, mucho más fluida, y es posible distinguir diferentes círculos de seguidores de Jesús⁷.

esto no es del todo correcto: sobre todo porque el rabinismo es un fenómeno temporalmente sucesivo (aunque por poco) a la época de Jesús, además de por la presencia de numerosos elementos que lo diferencian. Una buena síntesis la ofrece M. PESCE, “Discepolato gesuano e discepolato rabbinico. Problemi e prospettive della comparazione”, *Aufstieg und Niedergang des römischen Welt*, II, 25/1 (1982) 351-389; el autor concluye que “la diferencia entre el discipulado rabínico y el de Jesús depende (...) sobre todo de la sustancial diferencia de Jesús respecto de los sabios” (382).

⁷ PENNA, *Comunità*, 37, distingue “la multitud, los discípulos y los Doce”.

Los Evangelios identifican un círculo más interno y cercano a Jesús —¡que naturalmente es colocado en el centro!— llamando a este grupo con la expresión técnica “los Doce” y ofreciendo el nombre de cada uno de ellos en la escena de la llamada; este grupo aparece en todos los Evangelios. Incluso más estrechamente, a veces son “aislados” Pedro, Santiago, Juan (y Andrés), formando un círculo más íntimo (cf. por ejemplo, Mc 1,16-20.29; 5,37; 9,2; 13,3; 14,33). Ciertamente, los Doce no eran los únicos seguidores del Señor y, cuando los Evangelios emplean la expresión “discípulos”, la impresión es que no se refieren exclusivamente a ellos, como veremos con detalle. Por eso, es posible hablar de un segundo círculo, más amplio, de seguidores, identificado casi siempre con el apelativo “discípulos”, vocablo que, junto a otros, se convertirá en el normal para los seguidores de Jesús en el libro de los Hechos. Todavía más externo, tanto que no es posible hablar de “seguidores” en sentido estricto, los Evangelios colocan a la “multitud” de personas que de manera esporádica se acercan a Jesús, de forma un tanto anónima, si no hostil. En el interior de este círculo, sin embargo, destacan figuras significativas que pueden asumir los trazos del seguimiento y del discipulado: por ejemplo, Marcos afirma que el ciego Bartimeo (cf. Mc 10,46-52) “seguía a Jesús por el camino”.

Dentro de este cuadro general es necesario ahora captar los matices: no todos los evangelistas, de hecho, tratan de la misma manera a los discípulos y a los Doce; queda aclarar el rol del término “apóstoles”⁸.

⁸ “La primera cosa es señalar la gran disparidad que existe entre los evangelios”, afirma J. SCHLOSSER, *Il gruppo dei Dodici* (Cinisello Balsamo 2013) 31. Un estudio exhaustivo y escurpulo en J. P. MEIER, *Un judío*, III,

En lo que se refiere a discípulos y Doce, solo el Evangelio de Mateo puede hacer pensar en un solapamiento de los dos grupos; él es el único evangelista que emplea la expresión “los doce discípulos” (Mt 10,1; 11,1; 20,17). Además, comparando algunos de sus episodios narrados también en Marcos, se percibe que Mateo está atento para no mencionar a otros discípulos de Jesús fuera de los Doce: en Mt 9,9, por ejemplo, utiliza el nombre *Mateo* (que es uno de los Doce) para indicar al publicano llamado por Marcos y Lucas con el nombre de *Leví* (un discípulo de Jesús que no es de los Doce). Mateo, incluso, narra la llamada de los Doce de un modo diferente al de Marcos (cf. Mt 10,1-4 y Mc 3,13-19), evitando la impresión de que el grupo ha sido elegido dentro de una elección más numerosa de discípulos.

Marcos, por su parte, suscita la impresión de que en torno a Jesús había muchos seguidores, llamados discípulos, y que el grupo de los Doce era un grupo elegido y particular. Se puede ejemplificar el discurso recurriendo al bello episodio narrado en Mc 3,13-19, útil por su claridad. Jesús ya ha llamado a algunas personas al seguimiento (Simón, Andrés, Santiago, Juan, Leví) y ha reunido a algunos discípulos (cf. Mc 2,13-17; 2,18.23; 3,7). En este punto se relata que “subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar demonios” (Mc 3,13-15). La impresión evidente es que Jesús, teniendo a disposición un gran círculo de discípulos, escogió a doce.

145-214; cf. también K. STOCK, “I discepoli nel vangelo di San Marco”, en: L. CILIA (ed.), *Marco e il suo vangelo. Atti del convegno internazionale di studi “Il vangelo di Marco”, Venezia, 30-31 maggio 1995* (Cinisello Balsamo 1997) 17-32.

¿Con qué fin? El grupo de los Doce es llamado a “estar con él”, a “predicar” y a “tener poder de expulsar demonios”. En definitiva, los Doce no son los únicos discípulos de Jesús, pero tienen un papel bien definido, al menos, según Marcos. El Evangelio de Juan tiene una posición muy similar a la de Marcos; habla tanto de los discípulos como de los Doce, pero no consiente la identificación (cf. por ejemplo Jn 6,66-67), aunque a menudo ambos términos son intercambiables.

Lucas representa un caso diferente que nos permite analizar brevemente la utilización del término *apóstoles*⁹. El tercer evangelista, de hecho, por una parte, pone a la luz un amplio número de *discípulos* y los une a la imagen específica de los *Doce* (por ejemplo, enviando setenta y dos a la misión como describe Lc 10,1-20); por otra parte, Lucas se distingue porque identifica de un modo prácticamente unívoco a los Doce con los Apóstoles. Este importantísimo término para el cristianismo naciente, cuyo empleo ha llegado a ser el normal para la Iglesia hasta nuestros días, es un caso exclusivo del evangelista Lucas, y a él debemos la identificación del grupo de los *doce Apóstoles*¹⁰.

En efecto, en Marcos el término *apóstol* es mucho más raro (se lee, pero no en todos los manuscritos antiguos, precisamente en 3,13, como hemos visto más arriba; y después en 6,30 donde se narra el *envío* de los Doce – *apóstol* significa *enviado*). En Mateo el término aparece una sola vez, en Mt 10,2, texto paralelo

⁹ G. LEONARDI, “I Dodici’ e ‘gli apostoli’ nei vangeli sinottici e Atti. Problemi e prospettive”, *Studia Patavina* 42 (1995) 163-195.

¹⁰ Cf. MEIER, *Un judío*, III, 147: “La estrecha conexión —cuando no identificación total— existente entre los Doce y los apóstoles en el pensamiento cristiano posterior se debe principalmente a la teología de Lucas”.

a Mc 6,30. ¡En Juan está ausente!¹¹. Lucas, sin embargo, habla habitualmente de los *Doce* como *apóstoles*, tanto en el Evangelio como en Hechos, como muestran Lc 6,13; 9,1.10 y Hch 12,26. Esta posición, probablemente síntoma de un desarrollo de la terminología con respecto a la más primitiva¹², se da también en otros lugares, como en Ap 21,1, donde encontramos de nuevo los *doce Apóstoles*. El término *apóstol*, sin embargo, también presenta una historia compleja, porque tanto en Hechos (aunque raramente) como en las cartas de Pablo son llamados así otros seguidores de Jesús que no pertenecen al grupo de los Doce (cf. por ejemplo, Hch 14,14 o Rm 1,1).

El mundo de los seguidores de Jesús es, pues, extremadamente variado, al menos desde el punto de vista de la terminología. En el tratamiento del discipulado tendré en cuenta todas las figuras delineadas en esta breve panorámica, buscando en cada caso captar los matices concretos. En conclusión, querría citar un texto extraído de una obra ya mencionada, que resume con claridad las consideraciones expuestas hasta aquí:

El círculo más íntimo parece haber sido el de los Doce, con Pedro y los hermanos Santiago y Juan como miembros más prominentes, y el primero de los tres como cabeza y portavoz. Pero alrededor de los Doce hemos visto un círculo más amplio de adeptos, en el que había mujeres que seguían a Jesús, como María Magdalena, y otras que permanecían en casa, como María de Betania, Marías ambas a las que, al parecer, él tenía espe-

¹¹ Jn 13,16 no se puede referir al grupo de los apóstoles de Jesús de un modo directo.

¹² Cf. SCHLOSSER, *Il gruppo dei Dodici*, 15-19, repite en 1Co 15,5 el uso más antiguo del término “apóstoles” todavía distinto al de los Doce.

cial afecto. ¿Podemos describir un tercer círculo, el de los que seguían a Jesús en secreto, como el propietario de la sala “en el piso superior” (Mc 14,15) y José de Arimatea? Pero entonces tendríamos que mencionar también a los que escuchaban a Jesús con agrado (Mc 3,35) y optaban por vivir con arreglo a su enseñanza (7,24-25), a aquellos a los que él curaba (Mc 10,52), a los que se convertían y se hacían como niños (Mt 18,3), a los pobres que confiaban (Lc 6,20), a los pecadores que se arrepentían (Lc 18,13-14; 19,1-10), a los gentiles que mostraban una fe que Jesús apenas había encontrado antes (Mt 8,10) e incluso fariseos bien dispuestos hacia él como aquellos de los que habla Lucas (7,36; 11,3; 14,1). Lo que llama la atención de estos círculos es el modo en que se imbrican y entrelazan, impidiéndonos establecer una distinción categórica entre discípulos y seguidores, o siquiera grados diversos de discipulado¹³.

De los discípulos de Jesús a los cristianos de la Iglesia: ¿continuidad o diferencia?

Las puntualizaciones sobre los principales términos empleados en el Nuevo Testamento para referirse a los seguidores de Jesús han puesto de relieve una característica importante del estudio de los primeros documentos cristianos: la necesidad de tener en cuenta el libro específico en el que aparece un término, para comprender del modo más exacto el significado. Cada evangelista o autor del Nuevo Testamento, de hecho, tiene un vocabulario propio y puede ofrecer matices diferentes a la misma expresión.

¹³ DUNN, *Jesús recordado*, I, 617-618.

Profundizando en esta observación, creo necesario dedicar algunas líneas a una última problemática preliminar. Brevemente, se puede formular con la siguiente pregunta: ¿en qué medida es posible utilizar la descripción de los seguidores de Jesús presente en los Evangelios para comprender el discipulado del período sucesivo a la Resurrección? Es decir, ¿existe o no una continuidad entre lo que se narra de la experiencia de Jesús y de los discípulos antes y después de la Resurrección?¹⁴.

Como es sabido para quien conoce la investigación reciente, gran parte de los estudiosos de los últimos siglos han puesto en discusión la pacífica continuidad entre lo obrado por el Jesús terreno y lo que ha expresado el cristianismo de la época que sigue a la Resurrección (la época del Señor resucitado). El nacimiento del Nuevo Testamento no permite, por lo demás, fáciles simplificaciones: todos los libros ven la luz mucho después de la Resurrección y tienen la marca (también los Evangelios, que narran cuanto ha sucedido antes) de tener su origen después de la Pascua. Además, la intención de los libros del Nuevo Testamento es sobre todo teológica, por lo que deben ser empleados como fuentes históricas con una cierta cautela; por ejemplo, los Hechos no narran todo lo que ocurrió en aquellos años en la Iglesia y la visión teológica de Lucas impone algunos esquemas que simplifican. Lo mismo se puede decir de las narraciones evangélicas, que releen y escogen las diferentes tradiciones sobre

¹⁴ Naturalmente, se trata de una problemática de tipo histórico, planteada por los estudiosos. En el Nuevo Testamento, tal y como lo leemos, de hecho, la continuidad está descrita ampliamente (basta pensar en el pasaje entre el Evangelio y Hechos, donde aparecen los mismos Once, antes y después de la Resurrección).

Jesús provenientes de la predicación apostólica a la luz de la fe de los autores y con intención de anunciarlo (cf. *Dei Verbum* 19).

¿Qué comporta esta situación para nuestro tema? Simplificando al máximo, se puede preguntar si las descripciones de los discípulos en los Evangelios, o de la comunidad en Hechos, responden a situaciones reales o han sido modificadas (en sentido teológico) por los autores de los textos. Los discípulos de los que habla Marcos, por ejemplo, ¿no podrían estar reflejando la situación de la época y de la comunidad de Marcos, más que la de los verdaderos seguidores de Jesús? Automáticamente, emerge una segunda cuestión sobre el nacimiento de la Iglesia: ¿antes o después de la Resurrección? ¿Por qué, por ejemplo, solo el Evangelio de Mateo utiliza la expresión *Iglesia* si todos los Evangelios hablan de los discípulos y de los Doce? Como se pregunta R. Penna: “¿Quiere Jesús fundar una/la *ekklesia*?”¹⁵. Tal cuestión ha apasionado a toda la investigación reciente, no sin contraposiciones y polémicas, incluso aunque los últimos estudios estén mostrando —me parece— posiciones más meditadas¹⁶.

¹⁵ PENNA, *Comunità*, 42; DUNN, *Jesús recordado*, I, 691, se pregunta algo muy similar: “¿Pretendía Jesús establecer una iglesia?”, aunque se apresura a decir que, planteada así, tal pregunta no tiene sentido.

¹⁶ Sobre este tema, naturalmente, la bibliografía es enorme. Además de las obras ya citadas de Dunn y Meier, existe una síntesis útil en la reciente obra de G. SEGALLA, *La ricerca del Gesù storico* (Brescia 2010). Un buen ejemplo de profundidad y de equilibrio es el ya citado artículo de PESCE, “Discepolato”, 361-364, donde se evidencia cómo en cada Evangelio (con mayor intensidad en Lucas, como he dicho) es posible encontrar los elementos de continuidad entre el discipulado de Jesús y el primer cristianismo.

Las respuestas que emergen de estos trabajos, a las que remito para la necesaria argumentación, nos reafirman cada vez más sobre el reconocimiento de una continuidad real entre la enseñanza de Jesús y la vida de la Iglesia primitiva. Según J. P. Meier, abanderado de la investigación histórica: “existen demasiados nexos entre el ministerio de Jesús y el surgimiento de la Iglesia primitiva”¹⁷. También el estudioso alemán K. Berger, después de haber definido como “otra fábula científica (...) la tesis de que en el tiempo de Jesús no circulaban discursos y reflexiones sobre la iglesia y la comunidad, (porque) todos los evangelios hablan a su manera también de la comunidad que Jesús ha querido y fundado”¹⁸, afirma:

Jesús ha hablado de las dos cosas: de la misión universal (por tanto, del “reino de Dios”), así como de la comunidad de sus discípulos. Estas dos cosas no están localizadas respectivamente en el tiempo “antes de la Pascua” y “después de la Pascua”. Es claro que los evangelios sinópticos están orientados más intensamente a una perspectiva universal, Pablo más fuertemente a la comunidad. Pero ocuparse de la comunidad no significa traicionar el mensaje del reino de Dios, y viceversa. La separación neta entre reino de Dios e iglesia es, en primer lugar, un producto ideológico: presupone que Jesús no quiso ninguna iglesia¹⁹.

Naturalmente, el interrogante crítico permanece y es “intrigante”, como afirma R. Penna; es, pues, digna de atención la reserva expresada por el estudioso italiano que subraya que “hablar de Jesús como ‘fundador del cristianismo’ o “de la igle-

¹⁷ MEIER, *Un judío*, III, 271.

¹⁸ K. BERGER, *I cristiani delle origini* (Brescia 2009) 45.

¹⁹ *Id.*, 46.

sia” es completamente impropio”²⁰. Sin embargo, si es verdad que “aquello que constituyó lo más determinante en la construcción de una/de la *ekklesia* como comunidad (...) fue el evento pascual, (...) segundo inicio del cristianismo”, no se puede no reconocer que ya durante su ministerio terreno, Jesús “pensaba seguramente en un grupo distinto y visible, entendido casi como un embrión de una sociedad alternativa”²¹.

Creo que estas breves observaciones pueden bastar para garantizar la posibilidad de utilizar los textos del Nuevo Testamento para una reconstrucción fundada y verdadera del discipulado querido por Jesús para los suyos, sin detenerse frente a objeciones planteadas por la investigación moderna y contemporánea. Por lo demás, se puede señalar que, también en lo referente a la continuidad entre Jesús y los Evangelios, cada vez más estudiosos son propensos a subrayarla, dando mayor crédito a la historicidad de las tradiciones sinópticas²².

²⁰ PENNA, *Comunità*, 45. Estas óptimas observaciones, profundas y sintéticas, también se encuentran en R. PENNA, “Ricerca e ritrovamento del Gesù storico. Alcune considerazioni”, *Rivista Biblica* 60 (2012) 371-395.

²¹ PENNA, *Comunità*, 46.

²² Se puede ver J. D. G. DUNN, *Del Evangelio a los Evangelios* (Bogotá 2013); R. J. BAUCKHAM, *Gesù e i testimoni oculari* (Chieti-Roma 2010); SEGALLA, *Ricerca*, 161-198.

¿Qué significa o qué implica ser discípulo de Jesucristo según el Nuevo Testamento? ¿Cómo son descritos el nacimiento y el desarrollo del discipulado cristiano? ¿Qué indicaciones se pueden extraer para la vida cristiana? El presente libro es el intento de responder a semejantes preguntas, inevitables para todo cristiano de todo tiempo. ¿Y qué mejor que volver a descubrir la respuesta en la experiencia originaria descrita por los autores neotestamentarios?

No hace falta mucho esfuerzo para identificar decenas de páginas que, desde el Evangelio de Mateo hasta el Apocalipsis, exponen el tema del ser discípulos de Jesús. En realidad, se puede definir todo el Nuevo Testamento como el resultado de la acción y de las obras de los discípulos. Ni siquiera parecería necesario insistir en la necesidad de describir el discipulado “a la luz del Nuevo Testamento”: ¿a la luz de qué, si no es de estos libros, se podría hablar del discipulado cristiano?... Sin embargo, el tema pronto se muestra más complejo y vasto. El Nuevo Testamento es un conjunto de textos muy diferentes; el modo de hablar del discipulado varía notablemente de un libro a otro. ¿Es posible tener una visión panorámica de esta cuestión decisiva en la vida del cristiano?